

La guerra entre las dos Españas

Necesidad de resolverla rápidamente

(Receta para lograrlo)

I

La guerra actual no puede acabar en pacto como la primera contienda dinástica (abrazo de Vergara), o como la primera insurrección de Cuba (paz del Zanjón). Es un conflicto entre la España fabricada por la Reconquista (que fue una conquista) y la España auténtica y castiza, sojuzgada por aquella: entre monarquía, iglesia y ejército, tripode conquistador, y el pueblo conquistado, esquilado y robado por sus dominadores. No cabe transacción. Uno de los contendientes ha de morir.

Pero tampoco puede prolongarse la batalla. Sería peligroso para el pueblo que la crisis pasara de aguda a crónica. Hay que ir a la solución en plazo brevísimo. Estoy seguro de que los hombres que gobiernan conocen esta verdad, y de que preparan todos sus medios para aplastar en pocos días al enemigo de España, sobre todo, desde que conoce sus secretas llamadas a potencias extranjeras.

Entretanto, examinemos con alguna atención nuestro problema militar.

II

El fracaso de los pretorianos se debe a dos causas:

Su ineptitud para la guerra. La rapidez y energía de la reacción popular y su repercusión en el cuartel y en la escuela.

Estaba en gestación muy adelantada una nueva España, de la que los diversos componentes del Estado, iglesia, ejército, burocracia (o más verdadera y castizamente *burrocracia*) no tenían la menor noticia, y por las oligarquías burguesas consagradas fructíferamente a la política aponosa sospechada.

Esta es la que lleva trazas de ganar la partida, a pesar de que el enemigo posee un buen número de ciudades españolas. Importa, pues, reducirlo a la impotencia en pocos días.

He aquí una receta que, para llegar a este resultado seguro y prontamente, se me ocurre. Permítame, camarero lector, una breve y clara lección de estrategia.

III

La Península Ibérica está formada por una meseta y sus estribos (León, ambas Castillas y Extremadura), rodeada de comarcas divergentes. No hay ríos navegables que las unan. Dos de ellos forman cada uno un foso al pie de la fortaleza central: el Ebro, al Norte, y el Guadalquivir, al Sur. En dos nombres que suenan mucho estos días, podemos sintetizar la importancia política de las dos cuencas: Zaragoza y Sevilla.

A falta de caminos acuáticos, tenemos los terrestres. Estos forman, de Norte a Sur, como dos abanicos abiertos que casi se tocan por el pie. Y el pie está entre Toledo y Despeñaperros. El del Norte se abre hacia el Pirineo; el del Sur, hacia el Estrecho de Gibraltar.

Viniendo de Francia, tres caminos conducen a la meseta, escalándola con relativa facilidad: uno va por Vitoria, Burgos, Aranda, los puertos de la Sierra (Somosierra, Fuenfría, Navacerrada, Guadarrama y otros), Madrid y Toledo. Un segundo camino viene de Pamplona por Navarra a Soría. En él estuvo Numancia, y por guardarlo fue destruida por los romanos. Un tercero va a parar a Zaragoza, y por el curso del Jalon asciende a la divisoria entre el Ebro y el Tajo, bajando a Guadalajara. Estos caminos se unen para formar uno solo en las cercanías de Toledo. Ellos han creado esta ciudad, como de la convergencia de los de la Sierra ha nacido Madrid. Son los caminos los que hacen las ciudades, querido camarero, que estas líneas vas leyendo. Son también ellos, los cauces de los ríos de sangre llamadas guerras.

Reunidos todos en la región toledana, cruzan la manchega reducidos a uno, que, salvando la Sierra Morena (borde meridional de la meseta) por Despeñaperros, lleva a Córdoba. Allí se abre el abanico meridional con tres

varillas principales: Córdoba - Sevilla - Cádiz; Córdoba-Málaga; Córdoba-Granada-Almería.

Los principales capítulos de la Historia de España están escritos en el varillaje de esos dos abanicos. De Bayona, por Burgos, Somosierra y Madrid, vino Napoleón, en 1808, en marcha fulminante. Hubiera venido Zumalacárregui, dueño ya de la llanada de Alava, de no haber estado al servicio de un idiota, como Carlos V. Y ahora no ha venido Mola, por ser como Carlos, no como Zumalacárregui. En la vía Soría, además de Numancia, hemos de recordar la batalla de Najera, en la que los franceses de Duguescín, al servicio de Enrique de Trastámara, fueron derrotados por los ingleses del Príncipe Negro, servidores de Pedro el Cruel. La vía Jalon-Henates (Medinaceli) es la del Cid y la de las operaciones del duque de Vendome contra los anglo-austriacos, de las que, vencedor aquí en Villavieja (1710), resultó el triunfo de la dinastía de Borbón, a cuyo entierro estamos asistiendo.

El camino de Sierra Morena es el de Alarcos y las Navas de Tolosa. Salvado Despeñaperros, deparamos con Bailén.

Véase cómo la geografía y describiendo la Historia, y cómo los historiadores no geógrafos no son historiadores. Así se ha escrito la Historia de España, de Mariana a hoy. Por eso, nuestros magnates intelectuales la ignoran, y cuando se meten a políticos y quieren hacer revoluciones, no dan pie con bola.

Resultado: que la Revolución se va haciendo sola, hasta que la dirección la asume el pueblo. Que es lo que está sucediendo.

IV

La doctrina estratégica aplicable, al caso actual, es esta: para resolver rápidamente la lucha entre el pueblo español y su ejército, hay que concentrar todo el esfuerzo militar en dos puntos, en vez de dispersarlo en todas direcciones. Los dos puntos son: Córdoba y Zaragoza.

Tomada Córdoba, queda dominada Andalucía; Sevilla y Granada están anuladas.

Pero lo más importante y lo más urgente es la toma de Zaragoza, centro del varillaje del abanico del Norte. Por serlo, la sitiaron tan obstinadamente los franceses en 1808-1809. Tomándola, quedaría el camino expedito y asegurado el camino Bayona, Vitoria, Burgos, Aranda, Somosierra, Madrid. Aprovechemos la lección. Quedémonos a la defensiva en el Guadarrama, aseguremos el rápido golpe de mano sobre Zaragoza, y, tomada esta ciudad, corremos por Burgos el cordón umbilical de la reacción, que se hunde en la savia de la región revolucionaria del Norte. Al día siguiente de la toma de Burgos, la Sierra quedará limpia de enemigos sin disparar un tiro. Y tras la Sierra, o antes, serán evacuadas Valladolid, Palencia, Salamanca. Finalmente, todo el Noroeste, de Oviedo a Pontevedra, sin necesidad de atacar una por una las ciudades.

Tal es mi receta. Nada de ataque de frente, al grito de «¡Arriba, muchachos!», grato a nuestros tácticos cerrillos de las pasadas guerras. Manténrse y envolver: he aquí la estrategia y la táctica convenientes. «Táctica» es la estrategia abreviada. Desprecio de la vida está bien; pero inteligencia está mejor. Buenos soldados hemos tenido siempre, después de hechos. Buenos generales, rara vez. Esto último, por causas que aquí ya no puedo exponer hoy.

Aquí iba de mi artículo, y me disponía a firmarlo, cuando me llega la llamada de «C. N. T.». Allí voy. Tendrán ustedes noticias geográficas, históricas, étnicas, sociales y morales de los teatros de la guerra: una especie de guía de la Revolución, para orientar al pueblo.

No sé si me bastará el saber, pero el entusiasmo por acertar me rebosa en el alma.

GONZALO DE REPARAZ

(De «C. N. T.», de Madrid).

Solidaridad anarquista

Compañeros llegados de Francia, atraídos por la imperiosa llamada, por la campanada revolucionaria que, dada en España, resuena en el mundo, nos han hablado del revuelo y efervescencia que reina en todos los medios del territorio vecino.

Un italiano que conocimos en la cárcel, en donde estuvo más de dos años por el solo delito de haber sido detenido después del 8 de enero rojo y negro, nos dice de los mítines y espontáneas manifestaciones populares de simpatía; del deseo ferviente de venir a ayudarnos, deseo imperioso y a duras penas retenido. Guido es uno de esos compañeros anarquistas, obrero de lo que sea y ciudadano vagabundo del planeta Tierra. Tiene un cable lanzado a la «Audanatta», otro al «Vigilante», otro, en Amberes.

Estos hombres, que Bruno Traven ha dramatizado en justa medida, en el «Barco de los Muertos», han ido llorando por el mundo el contagio de la idea libertaria. Expulsados de todos los países, escupidos por una frontera cualquiera, no han claudicado un momento. Hoy, atraídos por el humo de la pólvora quemada en aras de la revolución española, nos los vamos encontrando en las secciones extranjeras de nuestro movimiento, en la calle, en el tranvía: todos ellos no quieren oír hablar más que de formar en las guerrillas combatientes. Todos ellos darán sus vidas, no por Iberia, sino por la anarquía, que no reconoce fronteras, nacionalidades ni banderías. Nuestra mano en la de ellos, y nuestros corazones, unidos en un solo corazón.

Lo que parecía de todo punto imposible tiempo atrás ha llegado a ser una realidad palpable.

Todas las fracciones antifascistas se han unido de una manera espontánea ante el criminal movimiento militar fascista. Movimiento de una envergadura inusitada y que los anarquistas, desde nuestros voceros, ya habíamos previsto.

Sangre generosa de este pueblo laborioso, que sabrá, a no dudar, aprovechar el aplastamiento del fascismo para implantar en su lugar un régimen que ya nunca más pueda dar paso a estos tiempos de oprobio que quieren,

por los medios más lúicos, retrotraernos a la era medioeval.

La combatibilidad de los obreros españoles; el espíritu revolucionario inculcado en las masas por las organizaciones confederal y específica, ha hecho posible la heroica resistencia del pueblo barcelonés, después de unas horas de lucha encarnizada, ha aplastado a la reacción militar fascista.

Los que presenciáramos, en los momentos culminantes de la lucha, la unión de la fuerza pública con los obreros libertarios y marxistas, no se nos podrán jamás horror de la memoria aquellos momentos de pasión de los hombres revolucionarios que, codo a codo, vendieron caros sus vidas.

Aplastado indudablemente el fascismo, a no tardar, quedarán una serie de problemas de una envergadura inusitada, que necesitan una inmediata solución.

Como en todas las grandes conmociones, esta vez también, la economía habrá recibido un rudo golpe. Golpe fatal e irreparable, si no somos los obreros, en conjunto con los técnicos de todas las industrias, los que volvamos a poner en marcha este rotaje en extremo complicado, pero que, con la colaboración de todos, podríamos, sin duda, llegar a establecer una nueva economía que satisficiera a la totalidad de habitantes de Iberia.

Hay que llevar a la práctica los planes de la nueva economía, que tantas veces hemos estudiado. Es hora de dejar la teoría, para pasar a la práctica. Son los momentos más indicados para esto. Si dejamos hundir la economía, nos hundiríamos nosotros mismos en el caos más espantoso que hubieran conocido los tiempos modernos.

Se está ya dando el caso de la paralización total o parcial de diversas industrias, sea porque eran dirigidas por elementos fascistas, sea porque éstos habrán podido llevarse sus capitales a tiempo.

Cada una de estas industrias que se paralice, se hará necesario que los obreros, bien organizados, se incauten de ella y, de acuerdo con las necesidades del momento, la pongan otra vez en marcha. No creemos que no haya inconvenientes en ello, pero, con nuestra inteligencia y nuestros brazos, haremos lo que parece imposible. — HIDA.

Los martirizados de Montjuich

«Camaradas de Tierra y Libertad: Los condenados por el proceso de Cambios Nuevos, de Montjuich, deseáramos poneros en relación para poner nuestras actividades al servicio de la revolución y buscar a los que fueron nuestros verdugos para sancionarlos como se merecen.

Camaradas: enviad vuestras direcciones al compañero Bautista Oller, tamo de la Madera, calle de Cabanes, Barcelona.»

No podemos dejar de comentar estas palabras con la acogida fraternal que merecen. Algunos de los compañeros que tanto lucharon contra aquel despotismo demostrado en Montjuich por las fuerzas malditas—antecesoras del actual fascismo y, como éste, terroristas y criminales—, viven ponosamente en medio de su ancianidad desvalida. Atended a aquellas víctimas y tened para ellas las máximas consideraciones. Es una deuda de honor que todos tenemos con aquellos compañeros tan bravos, con aquellos hombres que llevan en su carne la marca de los

verdugos. La fraternidad debe extenderse a los hijos de aquellas víctimas. A todos los que sufrieron, reparación y ayuda. A todos los que fueron martirizados, tendedles la mano y el corazón. Veteranos que en esencia representan la vieja rebeldía heroica, renovada hoy tan espléndidamente, merecen nuestra solidaridad proferente y emocionada.

Estamos seguros de que nadie la negará. Y por lo que respecta al castigo de los viejos y nuevos verdugos, estad seguros, camaradas de Montjuich, de que sus fechorías no han de quedar impunes. Todos estamos con vosotros y contra ellos. Ellos eran y son el terrorismo. Ellos eran y son la muerte, la bestialidad, el vicio, la ociosidad dorada, el impulso de antropofagia. Todos estamos con vosotros y contra ellos. Con vosotros y un poco también por vosotros. Queremos decir que vosotros nos disteis ejemplo de resistencia y de lealtad. Nunca abandonaremos la gran causa humana en la que tan generosamente estuvisteis vosotros tomando parte de la primera avanzada. ¡Salud, camareros de Montjuich!



Entierro de nuestro querido camarada Ramón Monterde



La verdadera solidaridad popular en el combate. Decíamos siempre: «La revolución en la calle». Y ya llegó el momento de luchar en la calle. Llegó el momento y no pasó aún. La necesidad de luchar es un deber. Y el elemento popular, con los anarquistas en avanzada, transforma el deber de luchar en derecho, porque todos se disputan la prioridad en combatir, aunque combatir sea a veces morir.